

La crisis socialista: un reto democrático

Nueva Sociedad
108
julio
agosto
1990

Demetrio Polo Cheva

Frente al ocaso político e ideológico del socialismo –que la derecha festeja como si fuera la agonía irreversible de la izquierda– se impone para el ideario progresista, y para los tributarios del marxismo, redescubrir la dimensión profundamente democrática del socialismo como uno de sus componentes originarios. Una concepción de la vida democrática que avance –en su práctica– sobre las pautas y derechos institucionales para teñir la vida cotidiana, y que solo con una profunda y abarcadora cultura democrática podrá mantenerse viva.

El socialismo deberá traer el avance del control policial al autocontrol de sus miembros, o no se realizará jamás Alexander Mitscherlich, Freiheit - eine Utopie?, p. 14, traducción nuestra.

Salta a la vista diariamente en los editoriales y artículos de opinión: los ideólogos del capitalismo marchan hacia la última década del siglo xx entonando cantos de victoria raras veces tan pletóricos. Se regodean interpretando el «derrumbe» de los sistemas «comunistas» del Este europeo como señal inequívoca y prueba irrefutable de la superioridad histórica del capitalismo sobre las utopías socialistas. Haciendo gala de exuberante humildad, Francis Fukuyama, un funcionario del gobierno de George Bush, escala súbita (y probablemente efímera) fama entre politólogos y afines, anunciando, ahora sí, el «fin de la historia» anticipado por Hegel hace más de un siglo. En nuestra propia región, la derrota electoral del Frente Sandinista y las crecientes dificultades económicas y políticas del régimen cubano son festejadas como corrobora-

Demetrio Polo Cheva: economista y sociólogo panameño.

Palabras clave: socialismo, capitalismo, democracia, América Latina.

ciones superfluas y redundantes de que el descalabro socialista es irrefragable y posee dimensiones mundiales.

Y es que... ¿no parecen los hechos estarles dando la razón? Si es cierto, como decía Hegel, que la verdad es el todo, entonces debería resultar aleccionador tratar de ver las cosas –con la cabeza fría y el corazón caliente– desde la perspectiva de nuestros adversarios. ¿No marcan la vertiginosa rapidez y la amplitud de los cambios que ocurren en los países socialistas el inicio de una nueva era en la política mundial, una era en la que el pragmatismo se impone sobre los grandes proyectos históricos? Y el «retorno» a la regulación económica mediante mecanismos de mercado, más su concomitante revaloración de la iniciativa privada, ¿no estarían confirmando la tesis de que el socialismo no es sino una vía diferente de evolución hacia la sociedad industrial?

Capitalismo y crisis de los socialismos reales

El hecho de que los únicos movimientos de orientación socialista que han logrado asaltar el poder lo hayan hecho en países subdesarrollados y dependientes, viéndose así obligados a hacer suyas las banderas y promesas incumplidas de la burguesía revolucionaria del siglo XVIII ¿no ha tenido como consecuencia que el éxito de las revoluciones haya pasado a ser medido sobre la base de los indicadores económicos y sociales estipulados por las Naciones Unidas? ¿No han estado acaso repletos de estadísticas socioeconómicas los discursos de los dirigentes marxistas? Y sin embargo, ¿no está demostrando la fiebre consumista de los miles de alemanes orientales que viajan o emigran diariamente a Alemania occidental, que el capitalismo ha logrado dar una respuesta más eficaz a las necesidades materiales de la población?

¿No es acaso también cada vez más visible que a pesar de los esfuerzos de los «Perestroikos» por reconciliar socialismo y democracia, por anudar lo que en la concepción socialista original nunca debió estar separado, para gran parte de los habitantes del «bloque comunista» el socialismo perdió irreparablemente (o no tuvo jamás) su significado original de democracia radical? ¿No es ya innegable que para muchos de quienes han vivido toda su vida bajo el stalinismo y los socialismos reales, el concepto de democracia se opone hoy al de socialismo y posee mucho más contenido existencial que éste?

En el caso de los países del Este europeo presenciamos, no cabe duda, las consecuencias de un socialismo que surgió no como resultado orgánico de luchas populares sino impuesto a los países ocupados por las fuerzas militares sovié-

***Una mirada serena
 sobre la historia
 de los movimientos
 sociales de este siglo
 nos muestra
 que la utopía socialista
 no ha sido nunca
 el factor ideológico
 aglutinante
 que ha llevado
 al poder a los partidos
 de orientación marxista***

ticas al final de la Segunda Guerra «Mundial». Pero el problema es más general: el socialismo no solo está en crisis allí donde fue impuesto *manu militari*. Al tratar de comprender la «crisis del socialismo», podemos caer, por consiguiente, en la tentación de sobreestimar ese hecho.

Y no debemos sobreestimarlos porque el problema es mucho más de fondo o, si se quiere, más dramático para quienes sienten que se están quedando «sin nada en que creer»: una mirada serena sobre la historia de los movimientos sociales de este siglo

nos muestra que la utopía socialista no ha sido nunca el factor ideológico aglutinante que ha llevado al poder a los partidos de orientación marxista. Ni siquiera allí donde hubo auténticos procesos revolucionarios con amplia participación de la población. En esos casos, el factor decisivo para la toma del poder fue la capacidad de las organizaciones revolucionarias para colocarse al frente del momento coyuntural, encauzando las aspiraciones de *mir*, pan y paz (Rusia), anticolonialistas (Angola, Mozambique, Vietnam) y antidictatoriales (Cuba, Nicaragua) hacia una correlación de fuerzas que sustentase su posterior hegemonía.

Ante la debacle del gobierno de Kerensky, los comunistas rusos ofrecieron una solución a la crisis. Pero eso no quiere decir que la estatización de los medios de producción, la colectivización forzosa, el partido único, o la supresión del derecho a la huelga, hayan sido reivindicaciones populares. Aun suponiendo, de manera exagerada, que 100% de los proletarios del imperio ruso hubiesen luchado explícitamente por instaurar el socialismo (ya sea en su versión bolchevique o menchevique), debemos recordar que se trataba apenas de 10% de la población, concentrada, además, en dos o tres grandes centros urbanos del país más extenso del mundo. ¿Cómo extrañarse, entonces, de que Stalin fuese visto por millones de ciudadanos soviéticos como sucesor del zar e igualmente investido de poderes divinos?

En el Chile de 1970 se trata, ciertamente, de un gobierno que llegó al poder con un programa explícitamente socialista. Pero ese triunfo se obtuvo con solo 32% de los votos. Y si bien un régimen de continuidad, como es el caso, por ejemplo, de los gobiernos norteamericanos, puede obtener una victoria electoral y gozar de suficiente legitimidad con un porcentaje mucho menor de apoyo contable

de la población adulta (debido al alto grado de abstencionismo electoral), una de las enseñanzas de la dolorosa experiencia de la Unidad Popular es que un gobierno de ruptura –y así era percibido el gobierno de Salvador Allende– necesita un consenso muy superior al representado por un tercio de los votos.

En Europa occidental, quienes llevaron el peso de la resistencia antifascista fueron los partidos comunistas. Sin embargo, quienes «capitalizaron» electoralmente ese heroísmo inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial fueron los partidos socialdemócratas. Y es también un hecho que los programas socialistas y/o comunistas no recibieron un apoyo mayoritario de la población ni siquiera en los mejores momentos del eurocomunismo.

Y sin embargo, el exaltado alborozo de las derechas es producto de una confusión: lo que estamos viviendo no es una victoria del capitalismo. Una cosa es la crisis de los socialismos y otra, relacionada pero diferente, la ratificación o consolidación del capitalismo. A los ideólogos burgueses les complace en extremo presentar a la democracia y al capitalismo como hermanos gemelos cuando, en realidad, sabemos que el capitalismo puede convivir perfectamente con cualquier tipo de dictadura política que no sea explícitamente anticapitalista; y que la democracia se ha desarrollado, de hecho, como conquista de los trabajadores arrancada al Estado burgués contra la oposición de la mayoría de los empresarios y sus representantes políticos.

Tan precipitada algarabía no les permite tampoco percibir que el Sí a la democracia que se escucha multitudinario y sonoro en los países socialistas no equivale automáticamente a un Sí al capitalismo. Y es obvio que la crisis de los socialismos no conlleva una superación de las contradicciones inmanentes, ni de las crisis cíclicas del capitalismo. Al contrario, hay suficientes indicios y muchas razones para suponer que la década de los 90 le deparará más de una desagradable sorpresa a quienes pronostican eufóricos la llegada e instauración definitiva del libre mercado y la iniciativa privada: la competencia interimperialista, el crecimiento inflacionario de la economía financiero-especulativa, el incremento de la brecha Norte/Sur resultante del empobrecimiento no solo relativo sino también absoluto de los países subdesarrollados, el carácter antipopular de las políticas económicas neoliberales, la destrucción del medio

***Lo que estamos
viviendo
no es una victoria
del capitalismo.
Una cosa es la crisis
de los socialismos
y otra, relacionada
pero diferente,
la ratificación
o consolidación
del capitalismo***

ambiente, no son problemas insuperables, pero pueden tener consecuencias totalmente inesperadas.

Socialismo real y democracia representativa

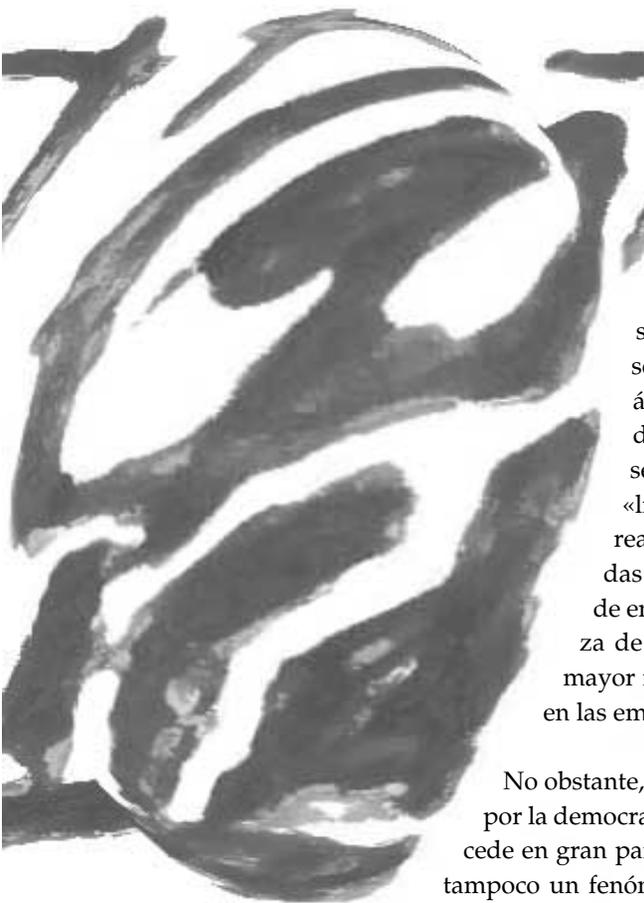
Sin embargo, como consecuencia de lo que ha significado en la práctica el socialismo real, ese Sí a la democracia que escuchamos hoy con tanta fuerza de los pueblos sometidos a las «dictaduras del proletariado» es, por el momento al menos, un sí a la democracia representativa y formal. Y se trata de algo comprensible, pues comparadas con las «dictaduras del proletariado» (en las que los proletarios nunca ejercieron el poder), las «democracias occidentales» no solo parecen, sino que de hecho son formas más abiertas y pluralistas de organización social.

Es cierto que la democracia representativa sólo le ofrece a las mayorías subordinadas la opción de escoger entre diversas alternativas de gobierno propuestas por las elites; pero también es cierto que los procesos electorales colocan a esos sectores dominantes ante la necesidad de ganarse el voto haciendo concesiones que respondan, en alguna medida, a las demandas populares. Ignorar o menospreciar estos procesos, tachándolos con liviandad de demagógicos, sólo nos aleja de una comprensión operativa de la actual dinámica social en gran parte del mundo.

Uno tras otro, los países del Este europeo viven procesos en los que son abatidos el monopolio e incluso la legitimidad de los partidos comunistas. Procesos graduales como en la Unión Soviética, procesos electorales bajo presión popular como en Polonia, procesos violentos como en Rumania. En Berlín se desmorona el gran símbolo de la «cortina de hierro», y los dirigentes de ambas Alemanias cruzan juntos la Puerta de Brandenburgo.

Sin embargo, lo que vivimos hoy como «fenómeno de masas» en el Este europeo es una hiperreacción que no puede durar eternamente, y que confirma lo que podríamos llamar la *ley del resorte*: entre más (re)presión ha sufrido una persona, organización o sociedad, más probable es que salte al extremo opuesto o a una situación de «caos» al verse repentinamente liberada del yugo opresor.

La opción de cerrar las fronteras para tratar de frenar la costosa emigración de los cuadros profesionales que buscaban en Occidente la realización de sus privilegios, terminó haciendo masiva una mistificación de las sociedades capitalistas basada en el desconocimiento de sus contradicciones más sutiles y en la



visión televisada de un esplendor iluminado por la policromía del neón y en deslumbrante contraste con una cotidianidad percibida en tonos cada vez más insoportablemente grises. Además, esa mistificación de las «oportunidades» ofrecidas por el capitalismo lanza una densa nube de humo sobre ciertos logros relativos de los socialismos reales, sobre todo en el área de las prestaciones y la igualdad social, que de ninguna manera se sobreentienden en las sociedades «libres». Queda aún por verse cómo reaccionarán personas acostumbradas a gozar de una garantía absoluta de empleo, ante la permanente amenaza de cesantía y ante la sensiblemente mayor intensidad del trabajo que impera en las empresas capitalistas.

No obstante, en tanto lucha –parcial al menos– por la democratización de la sociedad, lo que sucede en gran parte de los socialismos reales no es tampoco un fenómeno aislado. El creciente clamor por una mayor y más profunda democratización de la sociedad se hace sentir en todas las latitudes, y adopta formas muy diversas: desde la lucha armada contra poderes dictatoriales hasta el hecho pasivo de negarse a participar en procesos electorales porque «gane quien gane, todo seguirá igual». Las fronteras recién abiertas entre el Este y el Oeste no solo acercan a las elites: no es el repudio al dogmatismo, al monopolio partidario, a la represión, a la corrupción y al tutelaje paternalista lo que distingue o divide a las fuerzas revolucionarias de Oriente y Occidente. Por el contrario: el rechazo a las formas autoritarias y excluyentes de hacer política unifica nuestras luchas abriendo perspectivas ignotas.

En los países del ex-bloque soviético no sucumben los inmarcesibles anhelos de justicia, bienestar y libertad. Se derrumban las restricciones a la libertad de creación y expresión, a la libre movilidad, al derecho a la organización, al dere-

cho a disentir. Se desmorona un sistema de dominación que terminó siendo llamado «socialismo real» para poder justificar sus tangibles y escandalosas discrepancias con los ideales postulados por una ideología que, siendo oficial, nunca llegó a ser dominante. Hoy se agota una respuesta. Se desprestigia un nombre. Las grandes inquietudes y necesidades siguen tan vivas como insatisfechas. Y así, en cuanto negación de la negación que hace el capitalismo de profundas aspiraciones y necesidades humanas, la utopía sobrevive, una vez más, a una muerte anunciada.

También la violencia que ha caracterizado desde hace tanto a nuestra región centroamericana se comprende como parte de un proceso centenario de luchas por la democratización económica y política de nuestras sociedades. Pero es sintomático que la gente empieza a expresar su cansancio ante la guerra y una creciente disposición a buscar salidas negociadas a los conflictos. La mayoría de los ciudadanos salvadoreños no percibe hoy al gobierno de Arena de manera semejante a como era percibido por los nicaragüenses el régimen somocista en 1978. Somoza fue adquiriendo una imagen cada vez más generalizada de dictador, ladrón y militar asesino, convirtiéndose así, por negación, en el símbolo cohesivo de la insurrección popular. Y es evidente que esa no es la imagen de Cristiani.

Para efectos de movilización multitudinaria, una cosa es una dictadura personal, y otra, muy diferente, la mucho más anónima y difusa dictadura de clase. Son muchos los que han confirmado que la última ofensiva del FMLN no contó con el apoyo popular esperado por su dirigencia. La alternativa ofrecida por el régimen de Arena, por muy seudodemocrática que sea, parece estar ganando fuerza, sobre todo entre los pobladores urbanos, frente al desgaste y al impase militar de la guerra popular.

Pocos meses después, y de una manera que ha puesto a las izquierdas totalmente a la defensiva, el beneplácito con que fue recibida la invasión norteamericana por la mayoría de los panameños nos demostró que la democracia formal puede ocupar también un lugar considerablemente más importante entre las aspiraciones políticas que el nacionalismo o la soberanía. Y ahora 55% del electorado nicaragüense le dice No, si no a los cambios revolucionarios, al menos a la gestión gubernamental del Frente Sandinista.

No existen pues ni un camino real a la democracia ni *la* democracia. Tampoco cabe, por ello, un optimismo ciego o determinista frente al futuro. La historia no corre sobre rieles de ferrocarril ni tampoco en una sola dirección. En los

procesos electorales que han tenido lugar en poco más de un año en Panamá, El Salvador, Honduras, Costa Rica y Nicaragua, el deseo de cambio pudo ser capitalizado, sin excepción, por las opciones de derecha. ¿Se equivocan los pueblos? ¿O será que nos están cobrando una cuenta de la cual ni siquiera tenemos una clara conciencia?

Tampoco el futuro de la Unión Soviética está escrito en las estrellas: la dinámica del conjunto de procesos iniciados (o desatados) por la *perestroika* puede culminar en un nuevo y mejor «orden» social. Pero también puede desembocar en un vacío temporal de poder percibido como caos. Y ante la angustia provocada por la incertidumbre, se abriría la posibilidad de que muchos de quienes ven hoy en el *glasnost* una gran esperanza pasen a apoyar a cualquier líder o grupo que ofrezca convincentemente restablecer el orden, aun cuando ello signifique regresar a formas represivas de gobierno. Nunca debemos olvidar que el fascismo fue un movimiento de masas.

Sin embargo, es muy significativo que, hoy por hoy, incluso dictadores e invasores se sientan obligados a justificarse presentándose como gobiernos de transición para «restablecer la democracia».

Más allá de la democracia representativa

No es ya pues, a estas alturas del siglo xx la democracia lo que está en juego. Esta es levantada como bandera por todas las corrientes políticas relevantes y en pugna. Lo que está en juego, en todo caso, es una democracia con apellidos. Tal vez tengan razón quienes vaticinan que la apertura de los países y de los mercados del Este europeo nos empujará hacia un nuevo «término medio»: hacia una mezcla de democracia liberal y reformativa progresiva del capitalismo; hacia formas de explotación menos brutales y evidentes. Aunque es poco probable que ello sea válido para los países del Tercer Mundo mientras la brecha Norte-Sur mantenga su tendencia creciente.

Mas, aun cuando así fuese, los seres humanos nos caracterizamos por ser eternamente inacabados o, lo que es lo mismo, por una capacidad de

En la medida en que la democracia representativa se generalice a lo largo y ancho del orbe, dejando de ser un objetivo por alcanzar para convertirse en un sobreentendido de la vida política, en esa medida un número creciente de personas irá percibiendo sus límites y restricciones inmanentes

aprendizaje única en el reino animal: la marcha triunfal de la democracia representativa lleva en su seno el germen de su propia superación. Pues, en la medida en que la democracia representativa se generalice a lo largo y ancho del orbe, dejando de ser un objetivo por alcanzar para convertirse en un sobreentendido de la vida política, en esa medida un número creciente de personas irá

***Todo grupo, partido
o movimiento político
de izquierda
que trata de definir
prescriptivamente
la sociedad del futuro
es potencialmente
contrarrevolucionario***

percibiendo sus límites y restricciones inmanentes. La historia parece estarnos enseñando que no se puede dar saltos mortales, que sólo podemos superar aquello que atravesamos viviéndolo bien a fondo.

El principal límite estructural de la democracia formal o representativa está dado por su restringida vigencia. La democracia representativa no entra a las fábricas, a los hospitales, ni a los ministerios públicos. No tiene vigencia en las escuelas, ni en las familias. Muchas veces ni siquiera en nuestros propios centros alternativos de trabajo. En las organizaciones gremiales y clasistas, la «democracia interna» es más una necesidad y una demanda que una realidad. No tiene vigencia, por lo tanto, al interior de prácticamente ninguno de los espacios sociales de producción y reproducción que hacen nuestra vida cotidiana, es decir, lo esencial de nuestras vidas.

Las brechas y boquetes abiertos en los muros de los «socialismos reales», la magnitud de las movilizaciones ecologistas a escala mundial, la creciente ingobernabilidad de las «deudocracias» en los países dependientes, la ampliamente constatada crisis de las formas de hacer política dentro de las propias organizaciones populares, las luchas por los derechos humanos, por la igualdad de los sexos y por el respeto a los derechos de los niños son tan solo algunas de las manifestaciones más visibles de un creciente cuestionamiento de la democracia formal, fundamentada en el principio de la representatividad y en la delegación vertical y elitista de poderes y responsabilidades. Aunque aún constituyan una minoría, pareciese que cada vez más personas exigen y se sienten capaces de asumir las riendas de su propio destino, reclamando una permanente democratización de cada vez más ámbitos de la vida y las sociedades que somos y hacemos.

Es la propia generalización de la democracia representativa la que genera la posibilidad histórica de plantearse metas más radicales, sentidas no solo por algún tipo de «vanguardia» política o cultural sino por mayorías suficiente-

mente grandes para lograr dar el salto de la cantidad a la calidad. Desde luego, no se trata de un proceso automático sino de una potencialidad, de una alternativa hecha viable por el desarrollo de las condiciones históricas, es decir, de lo que nuestros antepasados y nosotros hemos hecho, conscientemente o no, de la vida social. Después de todo, la historia no la hacen leyes abstractas sobre el desarrollo de las fuerzas productivas ni la abstracción «clase social», sino individuos concretos cuya acción política y social se aglutina y cobra relevancia a partir, ciertamente, de contradicciones e intereses que son comunes por surgir de una misma ubicación socioeconómica pero que están lejos de agotar la infinita riqueza y complejidad (para bien y para mal) de la condición humana.

El reto de la democratización

Son esa plural e infinita complejidad, y esa capacidad única de aprender y de adaptarnos rápidamente a condiciones inesperadas; es ese carácter eternamente inacabado de los seres humanos, lo que nos debe hacer sospechar de cualquier definición normativa, o prescriptiva, de la «sociedad del futuro» o de cualquier otro tipo de proyecto histórico.

La convicción vanguardista y prepotente de que hay quienes saben lo que es bueno para el conjunto de sus coetáneos y descendientes es uno de los factores que nos llevó a la nefasta situación de tener una vanguardia autoinvertida como la más excelsa depositaria de los intereses del proletariado imponiendo los «intereses históricos» del proletariado en contra de los intereses inmediatos de ese mismo proletariado. En ese sentido, todo grupo, partido o movimiento político de izquierda que trata de definir prescriptivamente la sociedad del futuro es potencialmente contrarrevolucionario. Pues, si logra apoderarse del aparato de Estado, terminará imponiendo, sobre el conjunto de la sociedad, un «modelo» que devendrá inexorablemente cárcel y camisa de fuerza. Al respecto, la historia de los socialismos reales es harto elocuente.

Las diferentes concepciones de la sociedad del futuro son, además, uno de los factores tradicionales de discordia y desunión entre los revolucionarios. Es mucho más probable que nos pongamos de acuerdo sobre aquellos aspectos de la sociedad actual que no queremos, o que queremos cambiar. Y de hecho son los aspectos «negativos» de la sociedad los que nos politizan y motivan a luchar. De ahí que sea mucho más positiva una formulación «negativa» de la plataforma de lucha: una formulación del proyecto histórico que consista en nombrar los problemas y crear espacios y condiciones democráticas de búsqueda y definición de soluciones cuyo consenso bien puede ser el resultado de

negociaciones entre grandes colectivos y que constituyan, a la vez, procesos educativos para todos los participantes, independientemente de que, por razones contingentes, les corresponda o no *en ese momento*, una función de representación, dirección o liderazgo.

Una de las principales enseñanzas que nos deja la crisis de los socialismos –independientemente de que sean «socialismos reales» o socialismos en su intención– es que no se trata de sustituir un poder malo por un poder bueno. La raíz que nos corresponde atacar es el poder mismo, y su desigual «distribución». Pero no en el sentido de *Keine Macht für Niemanden* (ningún poder para nadie) de los modernos anarquistas alemanes. Esa reivindicación es también reaccionaria: siendo el poder un hecho, sólo nos puede conducir al quietismo o al terrorismo; y este último no es sino de las formas más extremas de ejercer poder.

La alternativa liberadora no puede consistir en concentrar cada vez más poder en las manos de los revolucionarios con el fin de inducir o acelerar los cambios, desde arriba, y según etapas preconcebidas. Nuestro aporte debe apuntar más bien a la dilución del poder, desde la base misma de la pirámide social, contribuyendo a generar autoconfianza entre quienes todavía necesitan delegar en otros la responsabilidad última de su propio destino. El problema radica menos en quienes dominan y mucho más en quienes requieren ser dominados. Mientras exista esa necesidad, sobrarán quienes llenen el vacío. En todo caso, si de caricaturas se tratase, sería preferible «todo el poder para todos».

Para tratar, pues, de no caer en la esclerosis innata a toda definición o tipo ideal, podemos tratar de hacer explícito lo que entendemos por una mayor democratización de la vida social, no en términos de modelos o estructuras, sino de praxis humana, es decir, en cuanto proceso: que todos y cada uno de los seres humanos participemos activa y conscientemente en aquellos procesos de toma de decisiones, cotidianos o no, que nos afectan y atañen directamente. Para efectos de comunicación llamaremos a este proceso de creciente democratización *democratización integral*.

Es evidente que esa simple aproximación conceptual a lo que entendemos por democratización integral implica múltiples cuestionamientos a las formas como se hace y hacemos política. Si entendemos por democracia integral que todos tengamos la posibilidad, la libertad y el criterio necesarios para participar activamente en todos aquellos procesos y decisiones que nos afectan directamente, entonces es obvio, por ejemplo, que se trata de una forma de democracia ampliamente descentralizada, y que se debe ejercer en todas las instancias, institu-

ciones y ámbitos no solo de la producción y de la llamada sociedad civil sino también de muchos terrenos considerados hasta ahora tabú y asunto privatísimo de cada quien.

Implica, por consiguiente, que no podemos seguir aceptando la separación que rige en la actualidad entre la vida «pública» y la vida «privada». Implica que no podemos excluir, ni de nuestra reflexión ni de nuestro quehacer político, a la vida familiar, por ejemplo, que es fundamental, porque en ella se conforman, consolidan y reflejan aquellos patrones o paradigmas básicos del comportamiento humano que caracterizan las formas de convivencia y organización social del momento histórico que nos ha tocado vivir y hacer.

De otra manera, ¿cómo atacar el problema de los oportunistas, de los que sucumben ante la seducción corrosiva del poder, de los compañeros que están dispuestos a «dar la vida por la causa» pero que golpean o maltratan a sus compañeras y a sus hijos, o que consideran que el cuidado del hogar y de los hijos es cosa de las mujeres? ¿Hasta dónde pueden llegar los anhelos de libertad de quienes no solo son explotados, sino que de alguna manera son también «beneficiarios» de las actuales estructuras autoritarias y de las múltiples jerarquías sancionadas por las ideologías dominantes y el «sentido común»? Tomar el poder requiere del valor para enfrentar al enemigo; construir el socialismo requiere del valor para enfrentarnos a nosotros mismos.

Alguien podría replantear la eterna pregunta del huevo y la gallina recordándome que el ser determina la conciencia. Pero, precisamente, se trata de *no* establecer relaciones causales entre sociedad y familia, entre infra y superestructura, entre economía e ideología, entre individuo y sociedad. El empeño mecanicista por establecer relaciones unidireccionales de causalidad entre diferentes momentos de la vida humana es uno de los principales hábitos de pensamiento que nos impide comprender operativa y científicamente la dinámica de fenómenos que en la realidad son simultáneos y que se refuerzan y condicionan mutuamente. Uno de los grandes errores del dogmatismo marxista/leninista, emparentado con esa concepción mecanicista, fue la esperanza ciega de que, creando las «condiciones objetivas», el resto vendría por sí solo.

Unidad y pluralismo

Otra de las consecuencias del carácter esencialmente descentralizado de la democracia integral es que no podemos seguir concibiendo la unidad del movimiento popular como lo hemos venido haciendo tradicionalmente. La unidad

tendrá que dejar de ser buscada como un objetivo estratégico y permanente del movimiento popular para ser entendida como una *forma de lucha* de carácter coyuntural y alrededor de problemas específicos que requieran de una acción conjunta inmediata. Lo permanente es la expresión y defensa de intereses particulares mediante procesos de negociación con el resto de las organizaciones, sectores o instancias políticas; negociaciones en aquellos aspectos de la organización, producción y distribución social en los que exista contradicción de intereses o discrepancia de criterios. Para aclararnos y avanzar juntos es necesario particularizar.

Un buen ejemplo de ello lo tenemos en Nicaragua, donde en 1980 se vio la necesidad de crear la Unión Nacional de Agricultores y Ganaderos (UNAG) como organización separada de la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC). Tener juntos y revueltos a obreros agrícolas y pequeños y medianos propietarios agrícolas era más causa de problemas que fuente de soluciones. La negociación de salidas a los conflictos naturales entre el reclamo de mejores salarios y estabilidad de precios, por una parte, y costos bajos y mejores precios, por el otro, se facilitó permitiendo una articulación más homogénea de los diferentes intereses en contraposición. Pero ello no es solamente válido para revoluciones en el poder. El momento mismo de la toma del poder político puede ser entendido como confluencia coyuntural de muchos intereses diferentes, pero coincidentes en ese gran objetivo.

Uno de los principales obstáculos a la unidad del movimiento popular es considerar que ésta debe tener una dirección única y poseer un único fundamento ideocrático, pues, en la práctica, ese tipo de «línea única» se obtiene mediante la imposición de una de las partes sobre las restantes. Esa imposición podrá ser por voto mayoritario, por un hábil juego de intrigas, o por atracción carismática. Pero al intentar soterrar las diferencias nos cerramos el camino hacia una síntesis creativa y, tarde o temprano, tendrán lugar nuevos cismas, disidencias y escisiones. En un mundo en el que el monismo sólo tiene cabida como valor metafísico, la unidad únicamente es posible si cada parte conserva su identidad y su especificidad, lo que implica, desde luego, reconocer y respetar y aprender a vivir con las diferencias. En ese campo, y en notable contraste con la inflexibilidad ideológica de los socialismos reales, las democracias burguesas han desarrollado una enorme capacidad de cooptación e integración de los movimientos contestatarios.

Sin embargo, tampoco se trata aquí de postular el pluralismo como ideal u objetivo político. Ese afán sería tan necio como querer mojar el agua. La sociedad es esencialmente pluralista. En lo material tanto como en lo ideológico. Y

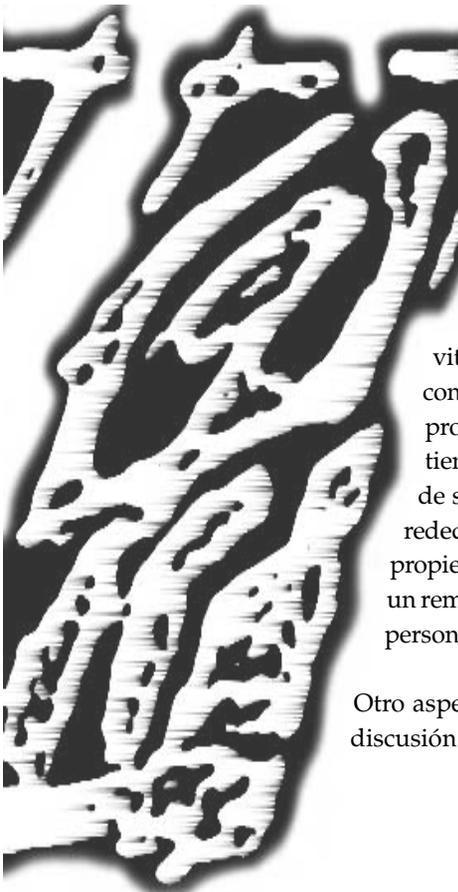
lo es porque los individuos que la conformamos tenemos al menos tantas diferencias como aspectos o intereses en común. Somos individuos gregarios; individuos y gregarios. Y esa ambivalencia determina gran parte de las tensiones y de la dinámica cotidianas propias de la vida en sociedad. El problema de quienes construyeron los sistemas de partidos únicos fue haber seguido, ante ese carácter inmanentemente pluralista de la sociedad, la política del avestruz: lo que no quiero ver no existe. O la de las Iglesias: «El que no está conmigo está contra mí». Y plantear, por otra parte, que «la ropa sucia se lava en casa» no es más que una manifestación de miedo, inseguridad e inmadurez.

El carácter eminentemente participativo de la democratización tampoco se contraponen a, ni excluye el principio de representatividad. Sin lugar a dudas, y como decía J.J. Rousseau en alguna parte, la democracia directa es factible en pequeños grupos, incluso en la polis griega, pero no cuando se trata de naciones formadas por millones de individuos. No obstante, hay que diferenciar: en primer lugar, una gran parte de nuestra vida se decide y desarrolla en el contexto de pequeños grupos (familia, equipo de trabajo, salón escolar, etc.) en los que, dado su tamaño, es perfectamente factible ejercer la democracia directa. Y

todos sabemos que queda mucho por hacer para que esas relaciones funcionen de manera participativa.

En segundo lugar, cuando se trata de tomar decisiones que afectan a cientos, miles, o millones de individuos, y que hacen imprescindible el recurso a la delegación de funciones y poderes, de lo que se trata es de evitar que la representación se convierta en un modo de vida, en la profesión, o en el privilegio vitalicio de unos pocos individuos. De esa manera, al construir la unidad como forma coyuntural de enfrentar problemas puntuales y de índole global, estamos combatiendo, simultánea y concomitantemente, la eternización de superestructuras burocráticas que acaban girando alrededor de su propia supervivencia como aparato y como propiedad privada de algunos. Las dirigencias vitalicias son un remanente medieval, independientemente de los méritos personales que alguien pueda poseer.

Otro aspecto central de la vida política, que pertenece a esta discusión pero que exige un tratamiento mucho más exhausti-



vo del que le podemos dar aquí, es el de la función de los partidos políticos en cuanto representantes y mediadores de intereses sociales en conflicto; de los partidos en su condición ambivalente de cauce y, a la vez, freno a la articulación de los intereses populares.

Emancipación y transparencia

La democracia integral no puede tampoco ser un fin en sí mismo. De lo que se trata es de construir y reconstruir permanentemente un contexto de relaciones sociales, políticas, económicas y culturales al servicio de la liberación como proceso de autoemancipación: un contexto social en el que podamos aprender a hablar por nosotros mismos. Un mundo en el que las relaciones sociales sean transparentes. Transparentes no solo en el sentido formulado por Gorbachov: que los de abajo estén bien informados sobre lo que están haciendo los de arriba. La transparencia exigida por la democratización integral tiende más bien a cuestionar el verticalismo típico de las relaciones sociales y políticas dominantes en la actualidad.

Tal vez sea más fácil ilustrar lo que entiendo por transparencia a través de un ejemplo no muy cotidiano pero sí frecuente, de lo que *no* es transparencia. Imaginemos la siguiente situación: a un individuo se le llama al despacho de un dirigente o superior para comunicarle (en un tono usualmente sacro y festivo) que «La Revolución», «El Partido», «El Sindicato», «La Empresa» o «La Dirección» ha decidido asignarle tal o cual tarea cuya ejecución eventualmente exigirá de él sacrificios y cambios en sus planes de vida. No interesan aquí la importancia de la tarea ni la pertinencia de la selección. Probablemente se le «motive» diciendo que fue escogido porque es el único capaz de cumplir con tan noble y difícil misión. Aquí nos interesa destacar la situación como tal.

En primer lugar lo más obvio: al individuo en cuestión se le está «comunicando» un resultado, una decisión de cuyo proceso estuvo excluido. Generalmente los «subordinados» no conocen los motivos, los argumentos en pro y en contra, el contexto o problemática global del cual forma parte esa decisión específica. Si los llegan a conocer es *a posteriori*, en calidad de letra muerta. El hecho de que la persona en cuestión se pueda negar a aceptar la tarea no cambia tampoco para nada el carácter intrínsecamente antidemocrático de la situación. Por el contrario, las opciones totalitarias tipo sí-sí o no-no tan solo lo reafirman.

En segundo lugar, todos sabemos que ninguna empresa, partido, sindicato o revolución toma decisiones. Las decisiones las toman seres humanos de carne

y hueso que, en este caso, se ocultan tras el manto mítico de la institución a la que pertenecen. Mas aún, al decir, por ejemplo, que «La Revolución» ha tomado una decisión sobre un determinado compañero, estamos implicando que, así como el sujeto y el objeto gramatical son diferentes, tampoco el compañero y «La Revolución» son la misma cosa. Junto con ese acto de exclusión se da por consiguiente también uno de selección elitista: «La Revolución» pasan a ser quienes tomaron la decisión.

De esta manera, los resultados institucionalizados de la acción de los individuos devienen poderes totémicos por encima de los individuos. Caemos en el mejor de los fetichismos tan excelentemente descritos y analizados por Marx. Y de nada sirve argüir que, en ese caso, «La Revolución» son los intereses históricos y objetivos de las grandes mayorías populares, etc., etc. Los intereses históricos y objetivos no existen fuera de la cabeza, fuera de la percepción y conceptualización de quienes los formulan como tales. No hay intereses objetivos sin subjetividad y, por ende, sin relatividad.

Un caso imaginario extremo, pero ilustrativo de lo que entiendo por transparencia, sería un mundo en el que es imposible ocultar lo que pensamos y sentimos porque todos tienen el don de la telepatía. ¿Cuánto cambiaría eso nuestras formas actuales de vida? ¿Cuánto de lo que exteriorizamos son mentiras; o medias verdades y, por lo tanto, medias mentiras? La transparencia de la que hablamos apunta, pues, a la develación de los intrínquilis de la vida y la organización social, pasando, entre otras cosas, por un proceso de capacitación de cada vez más ciudadanos para participar activamente, con responsabilidad y criterio, en las decisiones políticas. Hasta ahora hemos insistido en el carácter político de todo proceso educativo. Urge hacer de la política un proceso educativo horizontal entre educadores-educandos y educandos-educadores.

Por otra parte, en la medida en que vayamos haciendo transparentes los procesos sociales, «liberación de qué y para qué» devendrán preguntas para las que *sabemos* que no existen respuestas definitivas. De hecho, sus contenidos y significados se han venido modificando, y seguirán haciéndolo, en el proceso y como parte del proceso mismo de autorrealización humana. Sin embargo, una gran deficiencia de todas las utopías, incluyendo la marxista, es que no se han visto

***Una gran deficiencia
de todas las utopías,
incluyendo la marxista,
es que no se han visto
a sí mismas
como herramientas
o etapas de un
continuum histórico,
sino como meta
final de un recorrido***

a sí mismas como herramientas o etapas de un *continuum* histórico, sino como meta final de un recorrido.

Hoy por hoy, es evidente que la erradicación de cualquier forma de explotación constituye un objetivo central de nuestro compromiso político y, a la vez, una condición para enfrentar formas más sutiles de dominación y alienación humana. Pero no como etapas consecutivas, sino como procesos simultáneos. La crisis de los socialismos demuestra que no se trata de crear las condiciones objetivas y que las subjetivas vendrán por inercia. La historia le está dando la razón a quienes, desde hace mucho, plantearon la necesidad de abrirle espacio, junto con la revolución económica y política, a una revolución social. Simplemente porque el alcance y la profundidad de la revolución política y económica está limitada por la conciencia de quienes la dirigen, de quienes la usufructúan y de quienes la sufren. Y tampoco hay que esperar al socialismo para llevar adelante la revolución social. Ella es nuestra principal tarea, doquiera y con quien estemos.

La toma del poder político es un medio, jamás un fin. Más aún, el poder es un arma de doble filo: convertirla en un fin es hacernos el *harakiri*. Pero tampoco se trata de pregonar lo que debemos hacer. En definir metas somos bastante expertos. El reto es explicarnos por qué las cosas no funcionan como quisiéramos. Y debemos aceptar, como una de las respuestas posibles, que el problema esté precisamente en lo que queremos.

Sin embargo, tampoco parecemos estar viviendo tiempos de retroceso sino de síntesis. Aunque no debemos perder de vista que en ella radican tanto el riesgo como la oportunidad. El resultado es impredecible y está predeterminado sólo en cuanto nunca partimos de cero, sino de condiciones y condicionamientos sociohistóricos y psicofísicos. El futuro depende también de las decisiones que tomemos quienes nos sabemos cogestores del cambio. Depende de lo que hagamos a partir de esas condiciones dadas.

Depende también de que tengamos el valor de saltar sobre nuestra propia sombra. Sobre la sombra que proyecta el peor de los enemigos: el que todos, en mayor o menor grado, llevamos adentro. Porque no pudiéramos desarrollar la energía y la motivación para combatir esta sociedad, si no fuésemos también fruto y resultado dialéctico de sus contradicciones. De ahí la urgencia de revalorar la autocrítica (ausente, por ejemplo, en Marx) como integrante consubstancial de nuestra praxis política. Pero no una autocrítica sadomasoquista o de estilo religioso, sino una que nos ayude a descubrir la razón en la aparente sinrazón, para transformar autotransformándonos concientemente.